

---

---

DE LA BATALLA DE VEJER,  
Ó DEL LAGO DE LA JANDA,  
COMUNMENTE LLAMADA DEL GUADALETE.

---

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,

(de las Reales Academias Española y de la Historia.)

I.

Há más de un año, nuestro buen amigo, que todos perdimos al que lo fué tan querido, Emilio Lafuente Alcántara. Muerto en edad lozana, cuando eran de esperar sus más sazonados frutos en el campo de la Historia, llóranlo todavía sus parientes y allegados, llóranlo sus compañeros de Academia, y los que como nosotros compartimos con él, en los albores de una juventud risueña, *el entusiasmo y el desaliento de las aulas.*

De Roma á Nápoles, de Nápoles á Florencia, nos acompañaba la memoria de nuestro malogrado amigo, durante nuestro último viaje por la hermosa península italiana. Al regresar á nuestra desventurada pátria, tomamos por melancólico solaz un libro al acaso, y fué la *Coleccion de tradiciones* (Ajbar-Machmuà), curioso manuscrito del siglo XI, con cuya publicacion dió comienzo á la série de obras arábigas de historia y geografia, que con noble empeño le encomendara la Academia.

De esta crónica anónima decia D. Pascual de Gayangos, el primero en darnos noticias de su existencia en la Biblioteca de Paris, que era «una de las más importantes para la historia nacional, y »mereceria bien ser trasladada á nuestro idioma.» Ha salido á luz

en verdad con creces que aumentan su interes, pues la acompañan, además del texto original, traducciones de otros historiadores árabes, en la parte referente á la invasion de los Sarracenos y dominacion de sus Gobernadores en España, así como los fragmentos de los cronicones latinos sobre el mismo particular. De ese modo ha principiado ya á realizarse el pensamiento constante de V. sobre esta clase de publicaciones, que tanto han de contribuir para deramar la luz en el período más confuso de nuestra historia pátria.

No estamos llamados á hacer el análisis del *Ajbar-Machmuá*, y deseando sólo consagrar un recuerdo á nuestro comun amigo y compañero, vamos á proponer ó consultar á V. las observaciones que nos han ocurrido al hojear el libro, y al advertir, de paso, que aún le asaltaban dudas á su autor acerca del sitio donde sedió la batalla de mayores consecuencias, que se registra en las crónicas arábicas y cristianas: aludimos al desastroso fin del Rey Rodrigo á orillas del *Guadalete*, tal como se ha escrito hasta ahora sin contradiccion en nuestras historias generales y crónicas castellanas; y sobre cuya localidad discutiamos con Emilio, al tiempo de darse su obra á la estampa, siendo nuestra opinion á la suya contraria.

Usted, que ha recorrido los campos de Pavía, donde cayó prisionero el poderoso Rey de Francia: V., que ha paseado con no pequeñas molestias los lugares que eternizaron en el antiguo reino de Nápoles las gloriosas hazañas del Gran Capitan; que ha controvertido, con Nibbi en la mano, sobre el asalto y saco de Roma por las tropas del Condestable y Duque de Borbon; y que, por último, ha escrito concienzudamente acerca de la famosa batalla de Rocroy; tiene más de un título de competencia para fallar en la cuestion que sometemos á su criterio y exámen.

Además que V. en otra época, llevado siempre de su espíritu investigador y observador por excelencia, visitó los campos de Jerez en memoria de aquella sangrienta lid, acompañado de un historiógrafo moderno de Cádiz, que la supone entre Arcos y Espera, en los llanos de Caulina, á la banda derecha del rio Guadalete. Usted, sin embargo, al recordar esta catástrofe en su excursion ántes citada, con motivo de la semejantemente acaecida á Francisco I junto á la Cartuja de Pavía, advierte, al pié de la página, que aún «se ignora, á la verdad, el preciso lugar de la batalla de Guadalete.»

«La *Crónica general* coloca á los dos ejércitos frente á frente di-

vidiéndolos el rio, y la tradicion vulgar situa á Godos y Muslimes á la banda izquierda, entre Jerez y Medinasidonia. Aquí deben ser los campos, que, segun Rodrigo Caro, se llaman de *Sangobela* en una Historia general MS. de Lope García de Salazar; pero nada dice para nosotros este nombre, que el erudito anticuario de Sevilla interpreta *Sangrebella* (más aguda que acertadamente), por la que allí derramáran los Españoles, Godos y Romanos. (*Antigüedades de Sevilla, folio 122 vuelto.*)

Otro autor más moderno, viajero y artista, el apreciable Ponz, transitó por todo este territorio desde Jerez á Tarifa, y al atravesar el Guadalete por el puente de la famosa Cartuja escribe: «Al instante que se pasa, se presenta una llanura dilatada, y con ella la memoria funesta del desgraciado dia en que acabó el reino de los Godos.... Aun llaman el Real de D. Rodrigo á un cerrillo inmediato, que queda sobre mano izquierda, y este fué el teatro de aquella gran tragedia.» (*Viaje de España, tomo XVII, pág. 289.*) En la continuacion de su viaje cruzó por el lugar (que para nosotros fué verdaderamente el de la batalla), «al vadear el rio Barbate, y algo más adelante otro riachuelo llamado Celemin, que por la inmediata laguna de Janda vá á desaguar en el estrecho.» Este lago ó laguna bien pronto podrá ser, acaso, objeto de investigaciones, pues se hacen grandes esfuerzos para desecarla. Al leer aquella parte del *Viaje* de Ponz, nos hemos confirmado en la idea, que V. no se cansa de repetir sobre nuestra España, cuya asombrosa fertilidad otros desmesuradamente ensalzan. Habla el crítico artista de la Andalucía baja, el *Jardin de las hespérides*, segun la fábula, y escribe en los tiempos abundosos de Fernando VI y Cárlos III; y sin embargo, particularmente de Medinasidonia á Tarifa, asegura que caminaba por *un verdadero desierto*, sin más albergue para descansar que el *duro suelo*, ni otra cosa *para comer que lo que llevaba* (*Viaje, tomo XVIII, pág. 72*). Esta descripcion, que robustece las opiniones de V., acerca de los recursos de nuestro país, es tan poco lisonjera que todavía parece de *oportunidad* no renovar tales aventuras, y contentarnos ahora con el estudio de los textos, que serán, no obstante, datos suficientes, y sin perjuicio de la excursion á que nos comprometemos con V., en tiempos más serenos.

## II.

Las personas que figuran en el sangriento drama que vamos á exponer son: Juliano, Tárík y Rodrigo. El nombre del primero ha pasado maldecido de generacion en generacion; que en vano la novela ó la poesía han tratado de rehabilitar su odiosa memoria, y una mal llamada crítica ha querido negar su existencia, ó las causas que le arrastraron á ser traidor á su pátria.

Era Juliano, segun el Pacense (admitida la correccion de *Urbani* en *Juliani* propuesta por M. Dozy), varon nobilísimo de la region africana, nacido bajo el dogma de la fe católica (*Chronicon Pac. in Ajbar-Machmuá*, pág. 150), ó lo que otros con más concision y claridad expresan: Señor de Ceuta y cristiano; sin necesidad de convertir la voz *exorti* del Pacense en *exarchae*, segun pretende el propio Dozy, haciéndole griego y exarca de esta parte de Africa, á nombre del Emperador de Constantinopla. En tal caso cesaria toda traicion, cuando es punto este en que convienen sin discrepar arábicas y cristianas crónicas.

Cuentan las primeras que el Conde Julian, indignado de la ofensa causada al honor de su hija Florinda, juró vengarse, y que al despedirse con ella de Rodrigo, pidiéndole éste le trajese otra vez algunos halcones del Africa, Juliano le contestó: «Por la fe del »Mesías ¡oh Rey! que si vivo, he de traerte unos halcones como «jamás los hayas visto;» aludiendo al propósito oculto que tenía de traer los Arabes (*Al-Makkari*, tomo I. pág. 158). ¡Cosa singular! El vengativo Conde, que les abrió las puertas de España, dejó, en tanto, por rehenes sus dos hijas, únicas que tenia, en poder de los sectarios de Mahoma (*Abdo-l-Háquem*, *Relacion de la Conquista de España*); que tanta era la confianza del traidor, y la desconfianza que de él abrigaban los Muslimes.

Alentado Muça por la afortunada expedicion de Tarif, en el año anterior (710), designó para otra nueva á Tárík, al que muchos han confundido con el primero, y le encomendó un cuerpo de tropas de 7.000 hombres, segun nuestra crónica, que otros hacen subir á 12.000; sin duda por comprender bajo este último número el refuerzo de 5.000, que posteriormente le enviara. Segun el *Ajbar-Machmuá* y la *Historia de Al-Makkari* eran en su mayor

parte berberiscos y libertos, pues habia entre estos primeros invasores poquísimos Arabes.

La gente bereber, que habitaba el territorio de Tánger, acababa de ser sometida por los armas de Muça, abrazando en su consecuencia la falsa religion del Koran, y parece que se obligaron á suministrar á los vencedores este cuerpo auxiliar para la invasion. En las embarcaciones prevenidas por Juliano y en las fabricadas después por Muça, pasaron todos, á las órdenes de Tárik, las aguas del Estrecho, durante la primavera del año 711. Quizás Muça, á quien Al-Walid habia prevenido anteriormente que no expusiera los suyos «á los azares de un mar de revueltas olas,» mandára delante este pequeño ejército, casi en su totalidad de berberiscos, (gente, por otra parte, tan ávida de rapiña, como fuerte para combatir,) evitando á sus árabes el trance de la primera batalla, arriesgada y dudosa, y en la que, caso de perderse, la retirada era difícil y comprometida. Si el éxito, por el contrario, era venturoso, se proponia en seguida conquistar toda España, viniendo, como lo hizo, acompañado entónces de los coraixitas, caudillos árabes, y otros gobernadores que le seguian, y reuniendo más de veinte banderas. En detalle las enumera Ar-Razi (padre del célebre historiador y geógrafo del mismo nombre) en un libro que compuso, titulado por esta razon *De las Banderas*, del cual nos ha conservado la noticia, con este dato curiosísimo, el Ministro del Emperador de Marruecos enviado á España para tratar de paz en tiempo de Carlos II. (*Manuscrito que fué del Sr. Estévez Calderon.*)

Tárik desembarcó en un monte muy fuerte, situado á orilla del mar, y abrió la conquista, segun Abdo-l-Háquem y Aben-Adhari, por el castillo ó alquería de *Cartachena* ó *Cartagena*, la antigua Carteya. De aquí hubo de pasar á Algecira Al-Hadra (Isla Verde), que entónces recibió el nombre *Umm-Haquim*, por llamarse de este modo una esclava, cuya circunstancia nos servirá más adelante para esclarecer la cuestion presente.

Segun nuestra crónica, cuando legó á noticia de Tárik que se acercaba Rodrigo con poderoso ejército, escribió á Muça, á pedirle refuerzos, que *se habia hecho dueño de Algeciras y del lago.* (*Ajbar-Machmuá*, p. 21.) En idénticos términos se expresa Al-Makkari, diciendo: *que habia conquistado á Algeciras, puerto de España, y dominado el paso del Estrecho, haciéndose dueño de todo aquel ter-*

ritorio hasta el Lago (de la Janda); y cuando indica ántes que hubo de internarse en las llanuras en tren de guerra, alude á sus correrías por los *campos de Algeciras*, como terminantemente declara.

Tenemos ya bien marcada la region que ocupaba el Arabe invasor: estudiemos ahora geográficamente el terreno que escogido habia para esperar á su adversario. A poco que se reflexione, se ve que este territorio era sólo el de la *cora de Algeciras*, cuya descripcion se lee hoy en la crónica conocida por del Moro Rasis con estas palabras: «Parte el término de Xerez-Sadunia con el de Algecirat-Aladra, et Algecirat-Aladra yaze al Levante de Xerez et al meridien de Córdoba... Et parece dende Cepta que es villa en que há mucho bien. Et ha grand laguna, et es tierra de buena sementera, et de muy buena crianza, et yaze sobre el rrio de Barbate, aquel que salió de los de España quando finchó: et este entra en una laguna á que no fallan fondos. Et en su término ha un monte muy alto, et muy fuerte...» (p. 59, *Mem. de la Acad. de la Historia*, t. VIII). Hé aquí el monte, primer punto de ocupacion; después Algecirat-Aladra, frontera de Ceuta, desde donde Muça le enviaba sus refuerzos; y por último, una gran laguna, que es la de la Janda, y corresponde al *Lago*, hasta donde Tárik habia extendido su dominio, segun textualmente aparece del Ajbar-Machmuâ y de Al-Makkarí. El limite, pues, que no traspasó la hueste invasora, fué la línea señalada por la corriente del rio Barbate, hoy de Vejer, que entra en la laguna de la Janda, como dice Rasis, y del cual ántes cuenta que finchó después de tres años de sequía, por lo que se llamaron aquellos *años de Barbate*. El citado río *yaze sobre la gran laguna* ó *Lago*, quedando éste á la banda izquierda, ó sea en *territorio de Algeciras*, miéntras que el rio pertenecia *al de Sidonia*, segun consta lo uno y lo otro de la crónica de Rasis; y en el Ajbar-Machmuâ resulta tambien nuestro rio de Vejer como perteneciente á esta última cora ó distrito. Pasemos ahora á hablar del ejército cristiano, su marcha y llegada frente al campo enemigo, completando ya el bosquejo de los personajes, figuras animadas de este mal trazado cuadro.

Ocupábase D. Rodrigo en domar á los Vascones, y tenía sitiada á Pamplona, cuando llegó á sus oidos la nueva de la invasion mahometana (*El Ajbar-Machmuâ*, *Aben-Aduri*, y *Al Makkari*). Apresuróse el monarca godo á acudir al peligro, y reuniendo

poderoso ejército, se dirigió impetuoso y lleno de arrojo inmediatamente al combate: *acer et imperterritus primo subiit pugna*, como escribe el célebre Arzobispo de Toledo, de acuerdo en esto con las crónicas arábigas.

Los historiadores arábigos y cristianos refieren también que había usurpado el trono; y de aquí el odio que contra él guardaban en sus pechos los del partido vencido, en cuyo número se contaban principalmente los hijos de su antecesor el Rey Witiza. En tiempo de éste era sólo Rodrigo jefe de la caballería; y habiéndose rebelado, se estableció en Córdoba con los que quisieron seguir su bando, conservándose aún en dicha ciudad un palacio que tomó su nombre, y en el cual se aposentó cuando iba á rechazar la invasión sarracénica. Después se había apoderado de todo el reino; pero los hijos de Witiza ardian por vengarse: de modo que el atribulado monarca tuvo que aguardar á que se le incorporasen las tropas todas de sus dominios, y convocar también las de sus rivales en el supremo mando, pues á cualquier reves podían ellos alzarse á sus espaldas, y una astuta política aconsejaba comprometerlos á conjurar el comun peligro. Avisóles en efecto, y acudieron al llamamiento: pero, recelosos de sus intenciones, no entraron en Córdoba, y permanecieron en Xecunda, al otro lado del río. Rodrigo, sin duda para captarse sus voluntades, quiso manifestarles completa confianza, entregándoles las dos alas del ejército; mas, conocida ya por el Rey la traición de Julian, que andaba con las tropas y gentes de su provincia indicando á los Musulmanes los puntos más vulnerables, y sirviéndoles de espías, prudencia fuera temer que le imitasen los que tenían agravios más notorios. Los hijos de Witiza se concertaron entónces con Tárik, y vendieron á su pátria: que no otro nombre merece el convenio de abandonar el campo del combate, asegurándoseles en cambio la posesion de las tres mil fincas que fueron de su padre.

Reunidas en el ínterin en Córdoba todas las huestes del Monarca godo, dirigióse desde esta ciudad hácia la *cora de Sidonia*, y cuando estuvieron cerca ámbos ejércitos, Rodrigo envió á uno de sus soldados para que reconociera el de sus enemigos, su número, sus posiciones y *sus barcos*. (*Al-Makkari*, p. 162). Esta última circunstancia revela que los Musulmanes se encontraban muy vecinos de la costa, como está la laguna de la Janda, y no dando frente á la ciudad de Jerez, demasiado apartada de la mar, para

que el espía pudiera reconocer al propio tiempo las embarcaciones.

Hacen subir las crónicas arábicas el número de las huestes de Rodrigo á cien mil combatientes, bien pertrechados (*El Ajbar-Machmuá*, p. 21.—*Al-Makkari*, p. 161); y aún cuando escritores modernos españoles pintan á los Godos degenerados de su antigua bravura, é inhábiles ya en el manejo de las armas, llamando al ejército congregado á la sazón *una muchedumbre allegadiza y ciega de confianza*, no debian estar, sin embargo, tan degenerados de su antigua raza, cuando leemos en el Ajbar-Machmuá que al combatir ántes Muça en persona contra la ciudad de Ceuta, presidida por el Conde Julian, encontró que tenía gente tan *numerosa, fuerte y aguerrida*, como hasta entónces no habia visto; y no pudiendo vencerla, tuvo que volverse á Tánger. (*Ajbar-Machmuá*, p. 18.)

### III.

Sabido es que, á los principios de la invasion, los Arabes no se ocuparon en escribir historia, sino en guerrear, dejando el cuidado de escribirla á los posteriores. De aquel siglo sólo ha llegado hasta nosotros el Cronicon del Pacense, bien conciso por cierto en este punto.

Entre los Arabes se trasmitian los hechos de entónces por narracion oral; y así vemos en sus historias que relatan siempre atestiguanado con las tradiciones, que de unos en otros se habian comunicado, hasta tocar con los mismos que tomaron parte en los acontecimientos.

A las veces sucede que en más de una historia se designan, dentro del propio texto, diversas localidades á la rota de Rodrigo; mas creemos desapasionadamente que, fijándose bien en el de la crónica ahora publicada por nuestro Emilio, y separándose de la opinion generalmente recibida entre nacionales y extranjeros, se puede señalar ya con exactitud el sitio, y coordinar todas las narraciones. Hé aquí el texto de la crónica citada: «Encontráronse Rodrigo y Tárík, que habia permanecido en Algeciras, en un lugar llamado el Lago, y pelearon encarnizadamente (*Ajbar-Machmuá*, página 22).» En este pasaje de nuestra crónica se funda M. Dozy

(*Recherches, seg. edic. tomo I. pág. 314*) para negar la tradicion que supone la batalla á orillas del Guadalete, y colocarla junto al lago de la Janda; novedad que ya ántes habia indicado D. Pascual de Gayangos en su traduccion inglesa de la historia de Al-Makkari (*tomo I, págs. 526 y 527*), pues lo propio asegura este otro escritor, expresando de igual manera que *se encontraron los dos ejércitos en el lago.* (*Véase el texto árabe en la edicion de Leyden, tomo I, pág. 163*).

Segun Isa-ben-Muhammad, en su libro sobre la ocasion de la entrada de Tárik, citado por Aben-Adhari (*Bayan Almogreb*), «llegó Rodrigo al monte donde estaba Tárik, y tuvieron tan reñido combate que pensaron perecer todos los Muslimes: cambió Dios luego la suerte de las armas, y fueron puestos los Godos en fuga, alcanzando Tárik á Ruderiq en el Guad-al-Tin.» Otra de las tradiciones conservadas por Abdo-l-Háquem, relata: «que el Rey cristiano vino en busca de Tárik, que estaba en el monte, y cuando llegó cerca, salió Tárik á su encuentro, yendo sus soldados á pié, porque no tenian caballos, y pelearon desde la salida del sol hasta su ocaso.» El monte repetidamente mencionado es el de Gibraltar, como entienden nuestros orientalistas; pero nada han dicho de la correspondencia del rio Guad-al-Tin, y sólo el falsario Miguel de Luna, al encontrar este nombre desconocido, en alguna relacion arábica, lo convirtió en Guidalin, é interpretó *rio del lodo* en su *Historia del Rey D. Rodrigo*. La denominacion verdadera parece conservada con mayores muestras de exactitud por Abdo-l-Háquem, de quien ántes va hecha referencia, y este dato merece la mayor atencion, porque es su texto el más antiguo que poseemos sobre la entrada de los Muslimes. Cuenta aquel autor, en su *Relacion de la conquista de España*, que la batalla se trabó «junto á un rio que hoy se llama de *Umm-Haquim*,» aludiendo sin duda á la época en que escribia (segunda mitad del siglo IX). Recordará V. que hemos visto se llamaba tambien *Umm-Haquim* la isla de Algeciras, por el nombre de la esclava que allí dejara á su paso el caudillo árabe; y esto nos indica harto claro que de Algeciras ó su comarca no debemos apartarnos mucho para buscar el rio *Umm-Haquim*, que podrá identificarse por consiguiente, ya con el rio de *Celemin*, que entra en la laguna de la Janda, y con el mismo de Vejer ó Barbate, que parte términos con la region de Algezira-Al-Hadra, y pertenece á la comarca de Sidonia, donde tambien Abdo-

l-Háquem pone la batalla. En las demás historias arábicas, aunque no de manera tan diferente, se lee, sin embargo, con alguna más variedad de la que generalmente se ha creído, el nombre del río, á cuya orilla se diera el célebre combate. Aben-al-Kotiya cuenta que «Tárik y Roderik trabaron la batalla sobre las riberas del Wadi-Becca, en el distrito de Sidonia.» Refiere Aben-Adhari con palabras semejantes, que «cuando llegó Ruderik al lugar donde Tárik estaba, salióle este al encuentro, y combatieron sobre el Guad-al-Leca, en la cora de Xidonia.»

Algunos escritores, por cierto los más antiguos, llaman Wadi-Beque al mencionado río; y otros, por último, relativamente modernos y de menor crédito, escriben Guadi Leque, que es como los Arabes decían al que los cronistas castellanos y nosotros denominamos hoy con el pleonasma acostumbrado, *rio Guadalete*. La permutacion de la *b* en *l*, única importante en los textos que van citados, se conoce haber sido hecha, acaso con inadvertencia, por los autores ó por los copistas más recientes, pues es tan fácil de suponer, por la semejanza de ámbas letras en la lengua y escritura arábicas, como con las que nosotros usamos; y bien claramente aparece de los pasajes alegados que el nombre del río debió ser el de Wadi-Becca ó Guadi-Beque, mejor sabido por los historiadores primitivos y mejor escrito y conservado.

Tratando ahora de inquirir cuál fuese realmente este río, encontramos uno que, precisamente en la época árabe, era llamado el Wadi-Becca, corriendo al Sudoeste del gran lago ó laguna de la Janda, y á seis millas de la desembocadura del Barbate, segun el testimonio de Xerif-al-Edrisi. Además aparece de su texto que habia una ciudad *Becca*, á la cual menciona juntamente con las de Tarifa, Algeciras y otras bien conocidas como de aquella comarca (*tomo II, pág. 13*); de modo que los orientalistas españoles la han reducido á Vejer por la semejanza de su nombre y situacion.

Opónese á ello M. Dozy, opinando que Vejer fué el *Besaro* de Plinio, lo cual no es un obstáculo, pues el de *Becca* pudo derivarse de aquel nombre romano escrito por los Arabes, abreviándolo segun su costumbre con la supresion de la sílaba final y el cambio de la *s* latina por el *chin* arábigo, conforme á las reglas que establece el mismo Dozy. (*Recherches, tomo I; pág. 308*). Ni tampoco la ciudad de *Becca* habria desaparecido, segun pretende dicho escritor, cuando la designa entre las existentes el geógrafo

antes citado; pero no era distinta de la de Vejer, porque en tal caso resultaria esta otra omitida sin causa en su relato. Indudable es tambien que el pequeño Wadi-Becca tomaba su nombre de la ciudad, no muy lejana; y como él, debia con mayor razon apellidarse el rio Barbate, cual hoy le decimos, rio de Becca ó de Vejer, porque corre aún más próximo de esta poblacion que el otro de que hablamos, siendo frecuentísimo en los de nuestro país llevar, aparte del suyo, el nombre de la ciudad principal cerca de la cual pasaban. Así vemos al propio Xerif-al-Edrisi llamar al Genil rio de Granada, y en el Ajbar-Machmuâ se denomina al Guadalete rio de Sidonia. El de Vejer hubo de ser, por consiguiente, el *Wadi-Becca* ó *Guadi-Beque*, que señalan los primeros historiadores árabes como lugar de la batalla.

Y en verdad que suponiendo al ejército de Tárik apoyada su ala derecha en el profundo lago de la Janda, y la izquierda en la costa con el refugio de sus bajeles, á su frente el rio Barbate, y á su espalda el terreno montuoso ya conquistado, se concibe á maravilla la sólida posicion en que el experto caudillo, con tan escasa gente y sin ningun caballo, pudo contrarestar las fuerzas centuplicadas de su adversario.

Increible sería el suceso en las abiertas campiñas á que se le ha trasladado, y sólo la mayor extension y nombradía del rio Guadalete han debido arrebatár esta gloria al de Vejer, con tanto más motivo cuanto que entre los Arabes fué éste último conocido por el de *Barbate*, cuya denominacion prevaleció al fin hasta nuestros tiempos, y hubo entónces de olvidarse la de *Guadi-Beque*. Otra circunstancia reúne este último rio, que á la par justifica su confusion con el Guadalete, y puede servir para concordar los textos y tradiciones que parecen tan diversos, y es la de corresponder ámbos á la *comarca de Sidonia*, en la cual, segun la generalidad de las historias arábicas y de las cristianas, si bien se las examina, hubo de verificarse el vencimiento de los Godos: sin que por tal afirmacion tengamos que prescindir de ajustarnos á nuestra crónica y al texto de Al-Makkari, cuando aseguran que el encuentro de los dos ejércitos tuvo lugar en el *Lago* (entendiéndose por él la laguna de la Janda), pues á la vez que ésta pertenecia á la cora de Algeciras, en que vários escritores, como se ha visto, colocan la batalla, el rio Barbate ó de Vejer tocaba ya, segun se ha dicho, á la comarca de Sidonia, siendo por consecuencia al que mejor convienen todos

los datos que nos suministran las tradiciones é historiadores árabes, así por su situacion como por su antiguo nombre.

Para explicar ahora á nuestros cronistas castellanos, estudiemos la gradacion de errores que ha llevado tan famoso suceso hasta los campos de Jerez. Aben-Adhari, con referencia á Ar-Razi, es uno de los que afirman que se realizó en la cora ó distrito de *Sidonia*, lo que muy posteriormente trasladó á su historia Al-Makkari. Nuestro Arzobispo D. Rodrigo, que ántes tuvo presentes para escribir su crónica las arábigas, y que segun el orientalista D. Pascual de Gayangos, en todo lo que copió de la invasion de los Muslimes y rota del ejército cristiano, siguió la del citado Ar-Razi, entendió que la voz *Sidonia*, cual debió encontrarse en el texto escrita simplemente, indicaba la ciudad y no la cora ó distrito así llamado, traduciendo *prope Assidoniam*, por no observar que los Arabes cuando hablaban de la *ciudad* lo expresaban de un modo terminante, escribiendo, en vez de aquel nombre sencillo, el completo de *Medina Sidonia*, que hasta hoy damos nosotros á aquella poblacion. Pasando luego del primero á un segundo error, y queriendo circunstanciar más el lugar, añadió *quae nunc Xerez dicitur*. Tal nombre es el mismo de *Ceret*, que llevaba en lo antiguo esta otra ciudad, la cual se apellidó después *Xerez Sadunia* ó *Sidonia*, para distinguirla de la *Ceret céltica* (hoy Jerez de los Caballeros), como atinadamente ha congeturado el Doctor Hübner en su *Viaje epigráfico por España*.

Apartados ya á tanta distancia del rio *Becca* ó de Vejer, desde el tiempo de D. Rodrigo de Toledo, no se podia dejar de interpretar el *Wadi-Becca* ó *Guadi-Beque*, y más aún el *Guadileke* de los diversos textos árabes, por el caudaloso y conocido rio *Guadalete*, hácia cuya más larga corriente fué avanzando á poco la reconquista, miéntras que la laguna de la Janda y el rio Barbate estuvieron sin importancia histórica, hasta que un siglo adelante lograron ilustrar las tierras comarcanas el nuevo embate dado á la morisma por el undécimo de los Alfonsos, y la no ménos memorable batalla del Salado.

## IV.

Breves serán nuestras palabras sobre el resultado final de la que hoy podremos llamar de Vejer ó de la Janda. De ámbos bandos se combatió ríciamente, hasta que las alas del ejército godo, mandadas por los hijos de Witiza, emprendieron, segun el convenio, la fuga. El centro en que estaba Rodrigo, presentó todavía alguna resistencia, pero era ya impotente: todos huyeron; el desventurado rey cayó en un lodazal con su caballo, y al desmontarse dejó en el fango uno de sus botines, que segun Al-Makkarí era de oro, y ornado de perlas y rubies. El lago de la Janda y el rio inmediato forman várias charcas y lodazales durante la estacion de verano, que fué precisamente la época de la batalla (19—26 de Julio). A Rodrigo no se le encontró vivo ni muerto, y se cree que se ahogó; de manera que la laguna por donde atraviesa el antiguo Guadi-Becca ó rio de Vejer, y á la cual asegura Ar-Razi no hallársele fondo, sería entónces probablemente la tumba del último monarca godo.

Relatan los Árabes, al hablar del riquísimo despojo alcanzado por los vencedores, que éstos reconocian entre los cadáveres á los nobles por las sortijas de oro que llevaban en sus dedos, á los más inferiores en que las llevaban de plata, y á los esclavos en que las suyas eran de cobre: lo cual nos recuerda la rota de Cannas, cuando los Cartagineses midieron por módios los anillos de los caballeros romanos, al decir de los historiadores latinos.

Ganada la batalla, Tárik se dirigió á Ecija, pasando, segun nuestra crónica y Aben-Adhari, por la *Angostura de Algeciras*. «Desde el Guadalete (añade nuestro Emilio rectificando su primer dictámen) hasta Ecija, no hay que pasar angostura alguna, y si la hubiera, no es probable que llevara el nombre de *Algeciras*. Esta *angostura* no puede ser otra que la garganta que hay junto al pueblo llamado los Barrios, no léjos de aquella ciudad, ó bien el paso de las lomas de Cámara, que atraviesa la cordillera penibética, entre Jimena y Alcalá de los Gazules.» Al ver los Cristianos que Tárik avanzaba y se internaba en el territorio, llenáronse de espanto, huyendo de las llanuras cual en otro diluvio, y unos se ampararon de las montañas, ó se refugiaron en los castillos ro-

queros, otros se encerraron en las ciudades, y principalmente en la de Toledo, capital del reino. Entónces Julian se acercó á Tárík y le dijo: «Ya has concluido con España: divide ahora tu ejército, »al cual servirán de guías estos compañeros míos, y marcha tú »hácia Toledo.» Dividió en efecto el conquistador sus haces desde Ecija, y enviando un buen golpe de gente de á caballo á Córdoba, otro á Rayya (cora de Málaga) y otro á Elvira (pues conseguida la victoria, todos los infieles fueron ginetes á costa de los cristianos), él en persona se dirigió con el grueso de sus tropas á la antigua corte de los reyes godos. Aquí harémos alto, nuestro buen amigo, porque lo suponemos con razon anheloso de tomar descanso y aliento: que la lectura de la presente carta debe haber fatigado á V. todavía más que su rápida marcha al caudillo agareno. Dejémosle á aquel proseguir en su portentosa conquista, con la que hirió el corazon del envidioso Muça, y concluyamos ya, hablando á V. de la célebre *Mesa de Salomon*, que ha excitado la curiosidad de nuestros eruditos, como en aquella época despertó la codicia de los invasores.

Cuenta Aben-Hayyan, citado por Al-Makkari (t. I, p. 172): «Que aquella tan famosa mesa que se dice proceder de Salomon, »no perteneció á éste, sino que, segun los cristianos, en tiempo de »sus reyes habia la costumbre, al morir un señor poderoso, de »dejar mandas á las iglesias, y con estos bienes hacer grandes »utensilios de *mesas y tronos*, y otras cosas semejantes de oro y »plata, en que sus sacerdotes y clérigos llevaban los libros de los »Evangelios, cuando se mostraban en sus ceremonias. Con tal »motivo encontrábase esta mesa en Toledo, y los reyes se esforza- »ban á porfía por enriquecerla, añadiendo cada uno alguna cosa »á lo que su predecesor habia hecho, hasta que llegó á exceder á »todas las demás halajas de este género. Estaba fabricada de oro »puro, incrustado de perlas, rubies y esmeraldas, de tal suerte, »que no se habia visto otra semejante.... Hallábase colocada la »mesa en cuestion sobre un altar de la iglesia de Toledo, cuando »entraron los Muslimes, volando por todas partes la fama de su »magnificencia.» Aquella preciosa halaja estaba valorada en 200.000 adinares, segun Abdo-l-Háquem; próximamente unos ocho millones de reales, conforme el cálculo ordinario que se hace de los adinares (*Véase á Slane, Histoire des Bereberes, t. I, página 222*): tanto era el oro y riquísimas piedras que la adornaban;

y así no es extraño refiera el citado historiador que al llegar Tárik á Toledo *preguntase por la mesa, que era lo único que le interesaba.*

Ahora bien, atendido el relato de Aben-Hayyan, ¿qué venia á ser esta celebrada Mesa, dicha de Salomon, sin duda por estar dedicada en el templo al culto sagrado? Fácil es adivinarlo recordando nuestra antigua liturgia, y cuánta fué siempre la pompa y majestad de las ceremonias de nuestra Iglesia; pero habia una, hoy en desuso entre nosotros, que singularmente se practicaba con los Santos Evangelios. El libro que contenia la palabra del Hijo de Dios era llevado en procesion, con particularidad en la Dominica de Palmas, en cuya festividad, aun más solememente, iba conducido con unas varas muy adornadas sobre los hombros de los Diáconos, para representar á Cristo triunfante (*Alcuino, De Div. Offic. cap. 24*); remedando, al parecer, la forma como trasportaban los Levitas el Arca del Antiguo Testamento. Sabida es tambien la costumbre universal de la Iglesia en la constitucion de los Concilios, para los que se coloca, en medio de la sala donde se celebran, una mesa ó trono sobre el cual se pone el libro de los Santos Evangelios, y nuestra Mesa de Salomon debió tener un uso tan principal en los insignes Concilios de Toledo.

Que la existencia de tal alhaja no es leyenda forjada por los orientales, como algunos han creido, se comprueba por un historiador franco, Fredegario, la primera vez alegado con ese intento por nuestro difunto compañero. Cuando Sisenando (refiere el continuador de la Historia de San Gregorio de Tours) pidió ayuda al Rey Dagoberto para derribar á Suintilla, le prometió unas magníficas *andas de oro, ó trono portátil*, que así interpretamos en este caso la voz del texto *missurium ó missorium aureum*, voz formada en la baja latinidad del verbo *mitto* en la acepcion de llevar ó pasar de un lugar á otro. Dicha prenda, de grande estimacion, habia sido donada á Turismundo por el patricio Aecio, y pesaba 500 libras. Vencedor con el auxilio de los Francos el Rey Sisenando, mandó el de Francia embajadores que recogieron la alhaja prometida; pero los Godos se la quitaron por fuerza, viéndose al fin obligado Sisenando, después de muchas negociaciones, á dar á Dagoberto en recompensa la suma de 200.000 sueldos en que estaba aquella apreciada; y de aquí la valoracion de 200.000 adinares, á que alude Abdo-l-Háquem. ¡Dichosa edad, y siglos

dichosos, aquellos en que un pueblo logra se restituya á la Iglesia la reina de sus joyas, considerando su pérdida ó conservacion como punto de honra nacional!

Al dejar la pluma, un sentimiento de dolor profundo embarga aún hoy nuestra alma, á más del de la muerte de nuestro inolvidable amigo: tal es el que nos causa triste recuerdo del desastroso fin que tuvo la monarquía de Ataulfo, Recaredo y Wamba; siendo necesarios cerca de ocho siglos de porfiada lucha para borrar las consecuencias de una sola batalla. Hoy, cual entónces, podría exclamarse con frases tan ardorosas y expresivas como las de Isidoro de Beja, cuasi contemporáneo de aquellos deplorables acontecimientos: *Quis enim narrare queat tanta pericula? Quis dinumerare tam importuna naufragia? Nam si omnia membra vertentur in linguas, omnino nequaquam Hispaniae ruinas, vel eius tot tantaque mala dicere poterit humana natura.*

Hemos concluido, temiendo haber abusado de su amable condescendencia en leer estas páginas; pero, en cambio, aprovechamos la grata ocasion de asegurarle una vez más la sinceridad del acendrado afecto que le profesan sus apasionados y constantes amigos, ss. ss. q. b. s. m.

JOSÉ OLIVER Y HURTADO.

MANUEL OLIVER Y HURTADO.

Granada 3 de Setiembre de 1869.